

## **Terremoto y solidaridad**

Escrito por Francisco Anaya

---

Aquella tarde, reunidos en casa de Javier, la conversación fluía entre risas, anécdotas universitarias y bolsas de papitas. Éramos seis: Teresa —mi novia, estudiante de la UPAEP—, Julieta, estudiante de Psicología, y otros amigos egresados o alumnos de distintas universidades de Puebla, México.

Fue Javier, estudiante de la Anáhuac, quien interrumpió la charla mientras abría una bolsa de papas:

—Hoy se cumplen dos años del sismo.

Nadie respondió de inmediato. El crujido del empaque pareció activar un recuerdo común que todos habíamos guardado bajo llave.

—Eso no se olvida fácilmente —dijo Julieta, dejando a un lado su vaso—. Ni el temblor ni lo que vino después.

Recordó cómo, apenas unas horas después del desastre, recibieron en la universidad la notificación de suspensión de clases “hasta nuevo aviso”.

—Pensé: perfecto, vacaciones. Pero no. A los pocos minutos me llegó un mensaje: que se abriría un centro de acopio en el Nido y que se necesitaban voluntarios.

Pausó un momento. La sala estaba en silencio.

—Después de ver en las noticias lo que hacían en Ciudad de México, entre escombros y caos, decidí ir al día siguiente. No sabía en qué podía ayudar, pero sentía que tenía que hacer algo.

Lo que siguió fue una cadena de voluntarios: toneladas de víveres, estudiantes y profesores trabajando hombro con hombro. Profesores de logística organizaban la entrega, y hasta los conductores de Uber y taxis ofrecían llevar alimentos a comunidades afectadas.

—José Pablo y yo también nos sumamos como voluntarios en el centro de acopio de la universidad —dijo Carolina, acomodando su taza sobre la mesa—. Al principio no sabíamos bien qué hacer, pero en cuanto comenzaron a llegar cajas y bolsas, nos pusimos manos a la obra. Había de todo: alimentos, medicinas, artículos de higiene... hasta croquetas para perro.

—Y pilas —añadió José Pablo, riendo suavemente mientras pasaba el brazo por detrás de los hombros de Carolina—. Aunque, en más de una ocasión, venían descargadas. También nos dejaron ropa, pero no toda estaba en buen estado. Aun así, la mayoría de las cosas servían. El problema no fue lo que llegó, sino cómo entregarlo.

—Yo leí que, ese septiembre, [las ventas en tiendas departamentales y de autoservicio subieron un 9 % respecto al año anterior](#) —dijo Javier desde el sofá, con una cerveza en la mano—. Según la [ANTAD](#), fue el mayor incremento para un septiembre desde 2012. Las llamadas “compras solidarias” estaban por todos lados.

Hizo una pausa, como si buscara las palabras exactas.

—La palabra “solidaridad” estaba en todos lados. Se repetía en sobremesas, noticieros, discursos políticos, grupos de WhatsApp. Todos querían “ayudar”, “hacer algo”, “ser solidarios”.

—¿Me pasas esa cerveza? —interrumpió Teresa, rompiendo la solemnidad con una sonrisa tímida.

—La verdad, yo no ayudé como voluntaria —añadió, bajando la voz—. Las primeras horas me las pasé encerrada en casa. [La radio y las redes hablaban de saqueos, de calles cerradas](#). Y yo tenía que cuidar a mi abuela.

Se hizo un pequeño silencio, respetuoso.

—Pero lo que sí hice fue contactar a unos amigos extranjeros que habían estado de intercambio. Querían ayudar, así que organizaron una vaquita y mandaron el dinero a la universidad. Ellos confiaban en que allá sabrían cómo usarlo mejor. Yo solo conecté los puntos.

—Pero, ¿por qué dices, José Pablo, que el problema fue la entrega de las despensas?

—Pienso que se debió, en buena medida, a la desconfianza hacia el gobierno —dijo José Pablo, cruzando los brazos con gesto serio—. El descrédito del Estado y de los medios de comunicación nos hizo dudar. Preferimos no entregar nada al DIF ni a otras dependencias públicas. En lugar de eso, muchos decidimos organizarnos entre amigos, familia, conocidos. Cargamos los coches con víveres y partimos directamente a las comunidades afectadas.

—¿Y cuál es el problema con eso? —preguntó Teresa, frunciendo el ceño.

—En principio, ninguno —respondió José Pablo—. Pero esa buena intención, sin coordinación, también tuvo consecuencias. En algunos lugares se saturaron los caminos, las entradas. Me viene a la mente Atzitzihuacán. Fuimos allá un sábado con unas cajas que habíamos reunido entre varios. Pero el acceso... solo una terracería estrecha, de ida y vuelta. Cuando llegamos, había filas de autos, camionetas, gente bajando cosas, otros intentando salir. Todo estaba colapsado.

Hizo una pausa. El grupo lo escuchaba con atención.

—La ayuda llegaba, sí. Pero sin un orden, sin saber qué necesitaban realmente. En algunos lugares, lo que terminó ocurriendo fue que las propias comunidades comenzaron a montar sus propios centros de acopio. Empezaron a almacenar lo que les llegaba.

—A mí me tocó ver —intervino Carolina— a personas que ya habían recibido una despensa, pero fingían no haber recibido nada. También vi a otras que querían cambiar algunos productos por otros de su elección. Por ejemplo, unas galletas por donitas. Pero, bueno... esos casos eran los menos.

En eso llegó la pizza que habíamos pedido un rato antes. La charla se pausó unos segundos mientras abríamos las cajas y repartíamos rebanadas.

—Como algunos de ustedes saben, recientemente empecé a trabajar en la UPAEP —dijo Javier, ya con una porción en mano—. Estoy colaborando con Luis Roldán, el actual director del Departamento de Formación, Cultura y Liderazgo. En la época del temblor, él era jefe del Departamento de Vida Universitaria y le tocó coordinar muchas de las acciones de la universidad en apoyo a los damnificados.

Javier hizo una breve pausa, como si buscara recordar con precisión lo que le había contado su colega.

—Me decía que en algunos casos, las brigadas terminaron llevando productos que no eran de primera necesidad, y eso afectó a las tienditas locales. En algunos pueblos, hubo un exceso de conservas, jabón, champú... y eso impactó negativamente en la economía de la comunidad. También se alteró, sin querer, la dieta y alimentación habitual de muchas familias.

—Como con las donitas —interrumpió Teresa, provocando algunas risas.

—Exacto —dijo Javier—. El punto es que, aunque las intenciones eran buenas, no siempre se conocían las verdaderas necesidades de quienes se quería ayudar.

—Normal, era una emergencia —dijo José Pablo encogiéndose de hombros—. Muchas cosas se aprendieron sobre la marcha, a prueba y error.

—Sobre eso tengo una buena anécdota —intervino Fernando, quien hasta ese momento había estado en silencio, escuchando con atención—. Unos amigos y yo, de la carrera de Ingeniería Civil en la IBERO, logramos que un comerciante nos vendiera ladrillos a excelente precio. Queríamos hacer algo más que entregar despensas, así que compramos decenas de ladrillos, toda una batea, para apoyar en la reconstrucción de alguna vivienda.

Alguien en la sala asintió con interés. Fernando continuó:

—Ese fin de semana nos lanzamos a Tepapayeca. El viaje estuvo increíble: buena música, buena charla... Pero al llegar, los pobladores —muy amables, por cierto— nos explicaron que allá no construían con ladrillos, sino con adobes. Sus casas tradicionales no se hacían con el material que llevábamos.

Se hizo una breve pausa. Fernando soltó una risa resignada.

—Así que regresamos a Puebla con todo el cargamento intacto.

—¿Me pasas el destapador? —dijo, levantando su botella con una sonrisa.

—En mi caso, ya pasadas las primeras semanas —empezó a contar Javier—, me uní a un grupo de amigos. Íbamos armados con picos, palas y carretillas rumbo a Huaquechula, con la intención de levantar escombros y demoler viviendas para que se pudieran construir otras nuevas con apoyo del FONDEN.

Se hizo un momento de silencio, como si todos imaginaran la escena.

—Recuerdo que algunas personas nos pedían que les derribáramos sus casas —continuó—, aunque no tuvieran el peritaje necesario de arquitectos o ingenieros. Pero nosotros solo podíamos intervenir en aquellas viviendas que ya contaban con una evaluación oficial que autorizara su demolición y reconstrucción.

Hizo una pausa, pensativo.

—A raíz del sismo, la universidad también hizo cambios. En la Anáhuac, el programa [ASUA Construye](#) tenía como sede San José El Aguacate. Pero después del 19S, se reubicó en San Antonio Alpanocan, en el municipio de Tochimilco, una de las comunidades más afectadas.

Javier bajó un poco la voz, como si reviviera el momento.

—Una vez, mientras trabajábamos allá, volvió a temblar. Fue leve, pero bastó para que varios niños se asustaran muchísimo. Parecía que revivían el miedo del gran temblor. Entonces nos dimos cuenta de que también era urgente el apoyo psicológico.

—¿También llevaban psicólogos? —preguntó alguien.

—Sí —asintió Javier—. A las brigadas de demolición o construcción comenzaron a sumarse psicólogos. Ayudaban a la gente a procesar lo vivido, a enfrentar la pérdida de su hogar... o la necesidad de derrumbar lo que aún quedaba en pie.

Sobre el tema de los peritajes a los edificios, les comenté algo que había leído en una entrevista publicada por *Letras Libres* unas semanas después del sismo. En ella, varios investigadores del Departamento de Sismología del Instituto de Geofísica y de la Facultad de Ingeniería de la UNAM compartían sus impresiones sobre lo ocurrido.

Uno de los entrevistados, Sergio Alcocer, hizo una advertencia que me pareció especialmente importante: algunas brigadas de estudiantes que se organizaron espontáneamente en la Ciudad de México para evaluar si una construcción estaba comprometida por el temblor no contaban con la capacitación necesaria para hacer ese tipo de valoraciones.

Recuerdo que incluso les leí el fragmento del artículo donde lo decía. La sala quedó en silencio por unos segundos, como si todos estuvieran procesando lo que implicaba actuar con buena voluntad pero sin el conocimiento técnico suficiente:

Un problema que se presentó el pasado 19 de septiembre en la revisión de los edificios fue el voluntarismo poco responsable: brigadas de estudiantes de arquitectura, que no tienen conocimiento de temas estructurales, hicieron revisiones y emitieron juicios sobre si se debería permanecer o no en un

edificio. El Colegio de Ingenieros Civiles armó veintinueve brigadas, todas encabezadas por un ingeniero en estructuras. Nos tocó visitar edificaciones en las que dimos la cuarta o quinta opinión, en muchas ocasiones contradictorias a las que habían recibido antes de estos grupos de voluntarios [sin preparación](#).

—Al menos trataron de ayudar —dijo José Pablo—. El gobierno estaba rebasado.

Yo le respondí que no estaba tan seguro de eso. Me parecía que el recuerdo del sismo del 85 influía demasiado en cómo interpretábamos la participación de la sociedad civil y del Estado durante el temblor de 2017.

Les compartí algunos fragmentos de un artículo de *Letras Libres* —disponible en línea— en el que se abordaba precisamente ese tema. El texto, firmado por Alberto Fernández, politólogo egresado de la UNAM y de The New School for Social Research, señalaba que buena parte de la narrativa mediática y social que surgió tras el sismo reforzaba un par de “mitos” sobre el rol de la sociedad civil y del Estado frente a la emergencia.

En primer lugar, surge el mito de la ausencia del Estado. El relato de una sociedad civil que despierta requiere un Estado paralizado e invisible. Cuando ese relato no se ajustó a la realidad, algunos de sus propulsores debieron recurrir a una versión alternativa: la minimización. Así, algunos rincones de las redes sociales se llenaron de memes que buscaban reducir la participación de las diferentes corporaciones de protección civil y el Ejército, a algunos incidentes de descoordinación entre sus líderes, pasando por alto las muchas otras escenas de trabajo conjunto, hombro con hombro, entre voluntarios, policías, soldados y empleados de protección civil. En el segundo mito, la sociedad civil de golpe se convierte en experta en cada aspecto logístico y técnico de los rescates. Debe sustituir, con ese supuesto conocimiento y sus buenas intenciones, cualquier operación determinada “desde arriba”, la cual, en todos los casos, estaría buscando “apresurar” los trabajos de rescate para “encubrir” alguna irregularidad” Lo que pasa es que en muchos caos así ocurre. [No tenemos confianza en el gobierno](#).

—Ese es el punto. Y sin confianza no hay bases para la colaboración —dijo José Pablo.

A partir de ahí, nos enfrascamos en una discusión sobre el papel del Estado y la responsabilidad de los cuerpos intermedios frente a un desastre natural como el que habíamos vivido. Algunos

ya estaban un poco hartos de que citara tanto el número especial de *Letras Libres* sobre el sismo, pero les insistí: teníamos que discutir con fundamento, escuchando a quienes saben del tema.

Así que leí en voz alta otro fragmento que me parecía clave: “En México, la improvisación resulta una válvula de escape en la acción solidaria que surge en la catástrofe. Pero en la emoción de la ayuda desbordada se olvida que esa improvisación es una falla en la escala de [responsabilidades](#)”.

Todos estuvimos de acuerdo en que la prevención era clave. No podíamos seguir improvisando cada vez que temblara. Al fin y al cabo, vivimos en una zona sísmica por naturaleza. México está situado sobre cinco placas tectónicas —la de Norteamérica, la del Pacífico, la de Rivera, la de Cocos y la del Caribe—, y como sabemos, en los límites de estas placas se ubican numerosas fallas geológicas. Eso no va a cambiar.

—Durante la carrera tuve una compañera que hizo un intercambio a Japón —contó Fernando—. Me decía que allá, los constantes temblores han generado una conciencia colectiva muy clara sobre el desastre, y eso se ha traducido en un detallado plan de acción para cuando llegue el próximo gran terremoto. No saben cuándo será, pero saben que ocurrirá. Viven con esa certeza, como nosotros.

—¿Sabían que en Japón existe el *bosai pakku*? —intervino José Pablo—. Es un “paquete de supervivencia”, un kit preparado para casos de desastre. Y eso es solo una de muchas medidas preventivas que tienen allá.

—No lo sabía —respondió Fernando, retomando la palabra—. Pero sí, estoy de acuerdo. Necesitamos aprender de otros países que enfrentan temblores con frecuencia. Aunque eso, creo yo, le corresponde al gobierno. Por ejemplo, en Estados Unidos y Japón, cuando se proyecta un edificio, los cálculos deben ser revisados por un ingeniero externo, ajeno al proyecto original.

—Pero en México la mayoría de las viviendas son de autoconstrucción —añadió Fernanda—. Son las propias familias quienes las construyen, con lo que tienen a mano y sin asesoría técnica.

—Saben, el año pasado fui a la Ciudad de México a escuchar un panel del Instituto de Geofísica de la UNAM sobre el sismo de 2017 —comentó Javier con entusiasmo—. Varios expertos hablaron precisamente de esto. Mencionaron la necesidad de capacitar a la población mediante manuales sencillos, mejorar los reglamentos de construcción y promover prácticas más seguras. La verdad, salí del evento con ganas de reactivar el grupo con el que fui a demoler casas y ver qué podíamos hacer en prevención. Pero la rutina me ganó. La emergencia había pasado, y yo ya estaba trabajando. Aun así, quiero retomar el tema. Hagamos algo.

La conversación siguió mientras el sol se ocultaba lentamente entre el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl, tiñendo de luz dorada la terraza en la que estábamos sentados. Hablamos de muchas cosas más sobre el sismo y sus consecuencias.

Pasó el tiempo y volví a ver a Javier. Me dijo que estaba por involucrarse en actividades para exigir la actualización de las normas de construcción. Pero después supe que había aceptado una oferta de trabajo en el extranjero. Supongo que eso lo alejó de México... y también de los sismos.

### Preguntas para la reflexión

1. ¿De qué manera se manifiestan en el caso los principios de solidaridad y subsidiariedad?
2. ¿Qué obstáculos o tensiones se presentan en la vivencia concreta de la solidaridad y la subsidiariedad?
3. En tu opinión, ¿las acciones de las universidades y los universitarios fueron solidarias, subsidiarias o ambas?
4. ¿Cuál debería ser, en tu criterio, el papel del Estado y de la sociedad civil frente a un desastre natural?
5. ¿Crees que Javier tiene una responsabilidad moral de continuar involucrado activamente en temas relacionados con los sismos?

Este caso fue escrito por el Mtro. Francisco José Anaya Rodríguez para un curso piloto de Educación Ciudadana, impartido entre marzo y abril de 2022 a estudiantes del programa de liderazgo Vértice de la Universidad Anáhuac Puebla.

El contenido de este documento puede ser reproducido siempre y cuando se haga de manera íntegra y se reconozco al autor.

Para la redacción del caso, además de las fuentes citadas, se recurrió a los testimonios de universitarios —estudiantes, profesores y personal administrativo— de diversas instituciones poblanas que participaron en acciones de apoyo a los damnificados durante esas fechas. A todos ellos, nuestro más sincero agradecimiento.

Expresamos un reconocimiento especial al Mtro. Luis Fernando Roldán de la Tejera, director del Departamento de Formación, Cultura y Liderazgo de la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla (UPAEP), y a José Pablo Propseri Albisua, colaborador en los Programas de Liderazgo y Excelencia de la Universidad Anáhuac Puebla, por las entrevistas que generosamente nos concedieron durante el proceso de redacción.

Asimismo, agradecemos de manera especial a Alejandra Aizpuru Utay, Coordinadora de Programas de Liderazgo y Excelencia en la Universidad Anáhuac Puebla, por el respaldo brindado para la implementación piloto del caso con los estudiantes del programa Vértice.